

LUNES VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Juan 19, 25-34

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

Juan narra la crucifixión de Jesús y sus últimas palabras. Este texto revela aspectos esenciales del amor y del sacrificio de Cristo, así como su preocupación por la salvación de la humanidad hasta el último momento de su vida mortal.

Encontramos a María, la madre de Jesús, junto a la cruz, acompañada por otras mujeres y el discípulo amado. Este grupo de personas fieles son los que, a pesar del sufrimiento y del peligro, permanecen cerca de Jesús en sus momentos más oscuros. Su presencia es un testimonio de amor y fidelidad.

Jesús, dice: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y al discípulo, “Ahí tienes a tu madre”. Con estas palabras, Jesús no solo asegura el cuidado de su madre, sino que también establece una nueva relación familiar. María se convierte en madre de todos los creyentes, y el discípulo amado, en representante de la humanidad. Jesús le pide a su Madre que nos ame con el mismo amor maternal con que María le amaba a Él. Pero también Jesús nos pide que amemos a María con el mismo amor de hijo con que Jesús la amaba. No solamente somos hermanos por tener el mismo Padre del Cielo, sino que también somos hermanos por tener una misma Madre, la que nos regala Jesús.

La lanzada en el costado de Jesús, de la que brotan sangre y agua, tiene un profundo simbolismo teológico. La sangre representa el sacrificio redentor de Cristo, mientras que el agua simboliza el bautismo y los sacramentos. Es en el mismo corazón traspasado de Jesús donde se abren las fuentes donde podemos beber la salvación. Es justo aquí i ahora donde nace la Iglesia, donde Jesús funda su Iglesia, la gran familia de los hijos de Dios y de María. Es justo ahora el momento en que María se convierte también en Madre de la Iglesia.

Seguimos con la celebración de la Eucaristía. El Cuerpo entregado por nosotros. La Sangre derramada por nosotros, para el perdón de los pecados. Jesús se va a poner nuevamente en nuestras manos para ofrecerse al Padre. Aquí, en la Santa Misa, nos volvemos a situar al pie de la Cruz, acompañando a María.